

Este texto plantea a la mujer como eje de la reflexión de la escuela, el estado y la identidad en el campo del conocimiento contemporáneo.

This text states the woman as an axis of the reflection of the school, the state and the identity in the contemporary knowledge field.

"Toda mujer tiene potencialmente acceso al Río bajo el Río. Llega allí a través de la meditación profunda, la danza, la escritura, la pintura, la oración, el canto, el estudio, la imaginación activa o cualquier otra actividad que exija una intensa alteración de la conciencia. Una mujer llega a este mundo entre los mundos a través del anhelo y la búsqueda de algo que entrevé por el rabillo del ojo. Llega por medio de actos profundamente creativos, a través de la soledad deliberada y del cultivo de cualquiera de las artes. Y, a pesar de todas estas actividades tan bien practicadas, buena parte de lo que ocurre en este mundo inefable sigue envuelta en el misterio, pues rompe todas las leyes físicas y racionales que conocemos" (Pinkola. C. Mujeres que corren con los lobos)

ARTICULOS

Entre la escuela y la Identidad Femenina: Un pretexto para hablar de los nuevos Horizontes del Sujeto

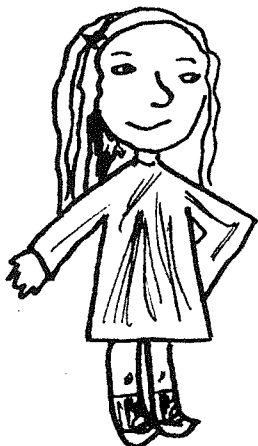
A l e j a n d r a M o n t e s S e r n a

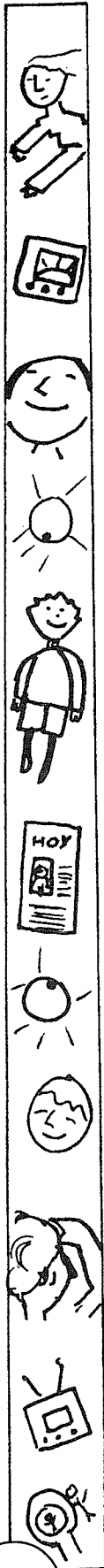
1 Filósofa Universidad Javeriana. Profesora Facultad de Educación
Corporación Universitaria Iberoamericana. Profesora UNAD.

El Estado, al igual que la Escuela son, como diría Pierre Bourdieu: "lugares de elaboración y de imposición de principios de dominación que se practican en el interior del más privado de los universos" (Bourdieu, 2000, pg. 25). Si lo recordásemos, una de las reivindicaciones iniciales de las mujeres fue la de formar parte activa de una de las estructuras de poder instituidas: ser ciudadana, derecho a elegir y ser elegida, participar de los asuntos del común, de lo público.

Esta reivindicación se convirtió en una concesión al poder instituido, prolongándolo, robusteciéndolo, si se quiere y, por su puesto, legitimándolo. Con la instancia de la escuela paso otro tanto. Cuando las mujeres desearon y lucharon por el acceso a una clase de conocimiento, por el acceso a las prácticas del poder por vía del discurso, bordearon, fundamentaron y naturalizaron, por decirlo así, una sola forma de ser y conocer el mundo. Paradoja trágica para las resistencias: La legitimación del poder se afianza aún más, cuando las potencias que resisten, se dejan seducir y aceptan ser visibilizadas en el escenario que las reconoce y las define, pero que al mismo tiempo las desvanece como resistencias libertarias.

Cuando inicié la escritura de este artículo, mi objetivo primordial era establecer las relaciones entre escuela e identidades femeninas. Cuando terminé de hacerlo, me di cuenta que el objetivo se había desrealizado de alguna forma, al constatar entre mis pensamientos, que la contrapartida iniciada entre estos dos imaginarios modernos –Escuela e Identidad- se esfumaban ante las insinuaciones susurradas que me hacía el pensar lo femenino y, que me sumergía con absorto en el mito, en lo literario, en lo místico.





Tratándome de sostenerme en el ejercicio reflexivo en el cual me educó, precisamente la escuela y, específicamente la tradición filosófica, salte de aquí para allá, buscando algunos textos ya leídos que me centraran en la rigurosidad del argumento, en la seriedad y sistematización que implica comportarse conforme a la razón. No fue en vano esta búsqueda de archivo.

El primer texto con el que me encontré, es el de Pierre Bourdieu denominado La Dominación Masculina y, en donde a mi entender, hace toda una arremetida contra las reivindicaciones de los feminismos en la medida en que eso que llamamos femenino, es una más de la invenciones de la dominación masculina o de la cultura patriarcal. Estemos o no de acuerdo con el autor, el dedo en la yaga que coloca esta escritura se abre aún más, cuando señala, lo que él denomina una suerte de dominación simbólica y que duerme en las profundidades de lo establecido (Horkheimer M. Adorno T.W. 1970, pg. 94).

Dentro de esa dominación simbólica, podemos contar con la naturalización que se ha hecho de la diferencia entre sexos o división sexual por los caminos del discurso de la biología. Desde ese discurso se naturaliza tal división y ella no es debatida, sino que, es el fundamento y, el punto de partida supuesto, para pensarnos a nosotros(as) mismos(as). Esa dominación simbólica se irriga en el cuerpo haciendo de él una construcción social; se involucra con nuestro huesos hasta alcanzar una división social del trabajo en términos sexistas y, define unos roles culturales y sociales, que por más de los esfuerzos que hacemos hombres y mujeres, de sacudirnos de ellos, están ahí latentes bajo otros ropajes mucho más refinados, con el fin de pasar inadvertidos y perpetuar una lógica del poder.

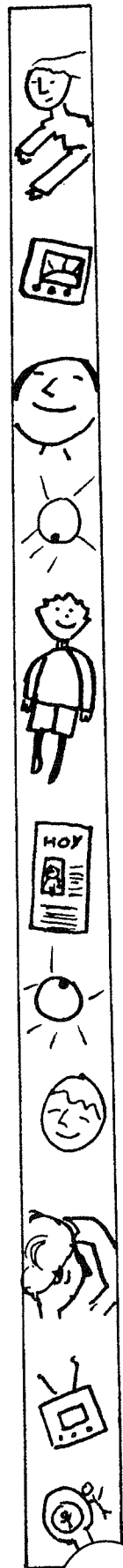
¿Pero dónde está la referencia a la institución moderna Escuela, en lo que hasta ahora llevamos del relato? Como lo mencionaba en la apertura del presente escrito, bajo la voz de este mismo autor, la Escuela hace parte de los lugares de elaboración y de imposición de principios de dominación; con lo cual

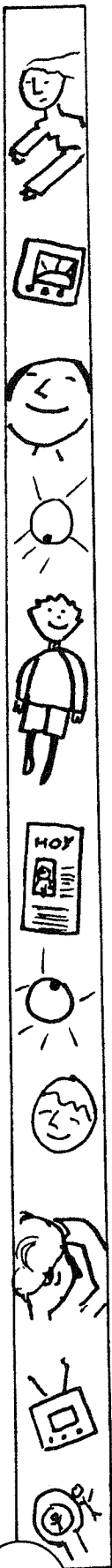
estamos diciendo, que ese lugar denominado Escuela está construido también sobre la estructura que reproduce lo que hemos llamado con Bourdieu, dominación simbólica y, no es otra cosa, que el conjunto de los medios por los cuales el poder patriarcal afecta, los inconscientes de los individuos y del colectivo, impidiendo pensar algo distinto a lo establecido, con respecto a las relaciones de poder con el mundo y con los otros.

La Escuela por lo pronto en definición moderna, es una ejemplo de lugar, en donde, lo establecido se reproduce a través de una dominación simbólica. A nombre del conocimiento, de la verdad, de la ciencia, del discurso etc –máximas aparentemente indiscutibles de lo humano- la Escuela forma sujetos racionales y por supuesto funcionales para las sociedad; educa a los sujetos en una serie de comportamientos que se adecuen a los parámetros preestablecidos socialmente. Los sujetos, por medio de la educación que imparte la Escuela, conocen las normas del buen vivir y, éstas obedecen claro está, a unos estilos de vida decididos por anticipado y que van en sintonía con el patriarcado.

A lo inmediatamente dicho, se podrá increpar el argumento de que han existido fisuras al interior de la Escuela, que han permitido la reflexión y el pensamiento crítico que ha develado, precisamente, muchas de las formas en que actúa el dispositivo del poder y con ello toda su dominación simbólica. Si bien esto es cierto, muchos de estos tipos de develamiento han quedado atrapados en el discurso, haciendo la concesión con el poder desde el conocimiento, los saberes, la verdad y, en general, con todo lo que entraría a formar parte de esa dominación simbólica a la cual nos hemos referido.

Podríamos decir igualmente que esta escritura que conversa con el autor, nos ha llevado al rompimiento de las fronteras de lo masculino y lo femenino, para tomar forma de denuncia y, relevar una de las más celebradas por la crítica y el libre pensamiento: aquella que señala, los despliegues y perversiones de la racionalidad triunfante. Pese a este aparente





rompimiento, quisiera resguardar el objetivo primigenio tanto de esta escritura como del autor, cuando escribe *La Dominación Masculina*. La arremetida a los feminismos y, por el cual fue criticado Bourdieu por muchas activistas, tiene el deseo de mostrar y exponer el hecho que una de las manifestaciones que se prometía libertaria (en el sentido de la subversión de la racionalidad imperante) ha quedado supeditada a los placeres que proporciona el poder mediante el discurso, quedando atrapada en el juego de la dominación simbólica.

Aunque suene un poco extremo, las reivindicaciones políticas -con todo y lo significativo que ha sido este legado para todas nosotras las mujeres contemporáneas- no han hecho otra cosa que subsumir, moldear y definir la contundencia de una manifestación diferente de ser, a favor de los intereses de un sistema de poder, que tiene en lo más intrincado de su fundación, las lógicas patriarcales que definen la relación con el mundo, como toda una posibilidad de dominio.

Las mujeres, las llamadas a poseer en mayor grado la potencia femenina, o bien actúan desde lo afín que puedan ser y hacer con respecto al rol masculino y entonces, son grandes ejecutivas, brillantes intelectuales, enérgicas políticas o, por el contrario y desde la diferencia, vuelven cuerpo ese "eterno femenino" y asumen la responsabilidad que la misma dominación masculina mediante la dominación simbólica, les ha incorporado: las de ser el agente protector de la vida, del amor, de la solidaridad, de la ternura etc. Como uno u otro o, ambos al unísono, estos roles construyen el equilibrio necesario para no salir de un escenario que dispone el círculo vicioso, con el que se crean y recrean nuestras sociedades y culturas del control, en pro de la permanencia de un tipo de racionalidad. Bourdieu nos lo muestra y, nos lo advierte con las siguientes palabras:

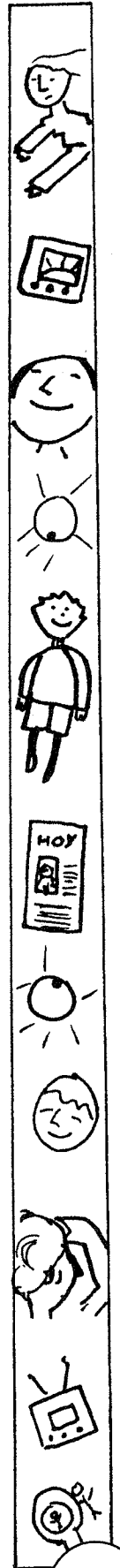
"Sólo una acción política que tome realmente en consideración todos los efectos de dominación que se ejercen a través de la complicidad objetiva entre las estructuras asimiladas (tanto en el caso de las mujeres

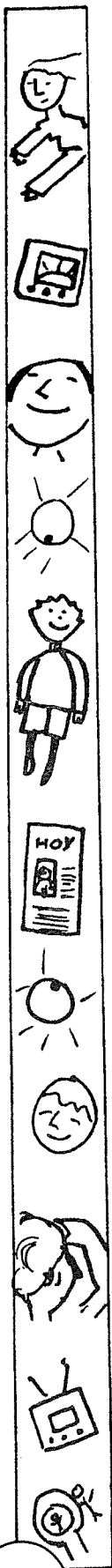
como en el de los hombres) y las estructuras de las grandes instituciones en las que se realiza y se reproduce no sólo el orden masculino, sino también todo el orden social (comenzando por el Estado, estructurado alrededor de la oposición entre "su mano derecha" masculina, y su "mano izquierda", femenina, y la Escuela, responsable de la reproducción efectiva de todos los principios de visión y de división fundamentales, y organizada a su vez alrededor de oposiciones homólogas) podrá, sin duda a largo plazo, y amparándose en las contradicciones inherentes a los diferentes mecanismos o instituciones implicados, contribuir a la extinción progresiva de la dominación masculina"

¿"Sólo una acción política"? ¿A qué se está refiriendo Bourdieu? ¿acaso a esas acciones políticas que en grado sumo desencadenan, movimientos, agrupaciones, que bajo un común denominador, reivindican derechos –en este caso- de las mujeres, tanto en los ámbitos jurídicos, como en los familiares, los laborales, los académicos, políticos y que, en feliz consecuencia, logran abrir espacios en donde el despliegue y protagonismo de ese ser mujer, se reconoce con poder? Sí a eso se refiere Bourdieu, entonces, la crítica a los feminismos estaría desenfocada porque esos espacios ya se están conquistando y, aunque aún quedan muchos espacios por abrir y, reconocimientos por dar con igualdad y diferencia, los trabajos para que ello sea una realidad, se siguen desarrollando.

Estos trabajos, estas acciones políticas de reivindicación por los derechos de las mujeres, siempre contarán con el beneplácito activo de mujeres que como yo, debemos el agradecimiento histórico por tener la posibilidad, inclusive, de estar escribiendo, pero, tengo la intuición y me gusta pensar, que esa acción política a la que se refiere Bourdieu, no tiene que ver solamente con la entrada al escenario político definido, precisamente, por el poder instituido.

Me gusta pensar que esa acción política, está relacionada con una actuación que con temperancia intenta –precisamente actuando y no tanto diciendo,





para no hacer tanta concesiones con el discurso y con el lugar (la Escuela) que con sutil excelencia define y controla los despliegues libres del sujeto-resignificar las relaciones con el mundo, con los otros y con el sí mismo. Me gusta pensar, que esa acción política está referida a las grandes fisuras que se pueden hacer al renunciar a lo que se instituye, a lo que constituye, a lo que identifica, a lo que (pre)domina... me gusta pensar, que esa acción política es ante todo un reto por reinventar las formas de la racionalidad.

A esta altura, ya me preguntaba si mis reflexiones con la lectura del autor francés no habían tenido un giro que me llevaba al sin salida. Por una parte, no estaba haciendo nada que se le pareciera a una apología a la Escuela pero tampoco me había detenido a criticarla en el sentido del discernimiento sistemático que exigen ciertos discursos. De otra parte, la pregunta sobre la división de los sexos y esa suerte de naturalización (biológica) que legitima tal división me dejaba tan sólo interrogantes. Inclusive, consideré que la invitación al pensar sobre la acción política que me había hecho a propósito de la lectura de *La Dominación Masculina*, me imponían la renuncia a uno de los temas de inicio en la propuesta del presente artículo: la identidad femenina.

Ahora bien, la identidad femenina se configura, mediata o inmediatamente, con el amor, el cuidado de sí desde el otro, la solidaridad, la maternidad y la protección. Es la otra cara de la moneda del dominio, de la competitividad, de la agonística. Mientras a la mujer con su potencia femenina se le atribuye la capacidad de comunicar, de sentir, de lo pasional, al hombre con su potencia masculina se le concede la prudencia de las palabras, la temperancia de sus pasiones, la facultad de reflexionar.

Entre esta cara y cruz, se ha jugado gran parte de la dominación simbólica. Las mujeres reivindican la reflexión también para sí, la capacidad de pensar, e inclusive, la combinación y confluencia de ambas potencias; también se dice que los hombres pueden desarrollar las potencias femeninas y que gracias a ello, se han redefinido y se han repensado, desde el gran caudal femenino, que

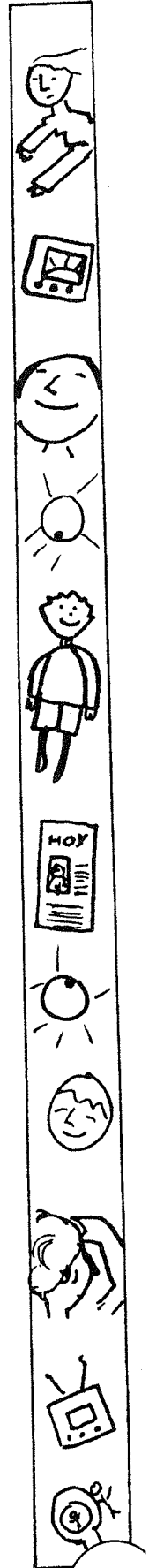
protege y ama, invirtiendo lo socialmente establecido. Pese a ello, la victoria de la dominación masculina por vía la dominación simbólica, sigue jugándose para la historia. La identidad femenina o masculina continúa definiendo los roles sociales. O somos ésto, o somos aquello. Si se quiere, somos ambos a un mismo tiempo. Pero cuidado con pensar algo que no esté al alcance de la lógica que define y que diferencia, cuidado con dejar de encarnar el logos de la racionalidad que impera.

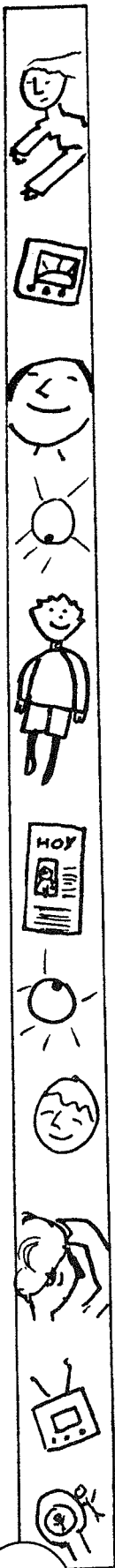
Con todo lo anterior, con el aparente sin salida que se había establecido con respecto a eso que identifica y diferencia en pro de una dominación simbólica, recordé a una autora contemporánea que echando mano de las nociones aristotélicas del acto y la potencia, presenta un nicho de comprensión. Celia Amorós escribe:

“Tomemos como hilo conductor de nuestra reconstrucción una caracterización del sujeto en tanto que capacidad de trascendencia [...] esta capacidad [es] la que posibilita que nunca nos identifiquemos por completo con nuestra identidad, que estemos permanentemente reinterpretándola y redefiniéndola. Esta posibilidad, aplicada a la identidad de género, con respecto a la cual mantenemos la tesis fuerte de que es la más cardinal y constrictiva de nuestras identidades, es absolutamente fundamental para dar cuenta de la práctica feminista como práctica emancipadora.”

Poner en la mesa de la discusión o mejor de la conversación, la identidad o aquello que nos define, es hablar de las configuraciones y elaboraciones de los sujetos. Con ello quiero afirmar, que la gran fractura producida en la historia del ser humano, hombre y mujer, gracias al entredicho que fue generado por las mujeres en términos políticos, culturales y sociales con respecto al papel preestablecido por nuestras sociedades eminentemente patriarcales, del rol femenino, suscitó por sobre todo una reelaboración de los sujetos modernos.

Para decirlo de otra forma, la reivindicación de los derechos de la mujer iniciada desde la primera





cincuentena del siglo XX, ayudó en mucho a la desestructuración del sujeto absoluto construido con y por todos los imaginarios de la Modernidad. Este entredicho, nos ayudó y aún nos sigue ayudando, a reelaborar, a hombres y a mujeres, nuestros propios horizontes de sentido de la esencia humana o, de lo que nos significa como seres humanos, ante el mundo.

Haber puesto en relieve, algunas de las líneas diferenciales de la mujer que daban la vuelta hacia el amor y a la sencilla pero fundamental relación con el mundo, frente a ese sujeto imponente de la naturaleza, que la modifica racionalmente, que establece una lógica de cosificación del mundo, permitió que se generará en alta medida el asomo a lo Otro como posible para refundamentar los imaginarios modernos. Dicho esto sin embargo considero, que estamos en la prehistoria de la refundación de otras maneras racionales o mejor aún de otras maneras del pensar, pues haber conmovido la historia para la diferencia (diferencia que ya no sólo se juega desde lo femenino y lo masculino sino también desde el territorio que nos vio nacer, la cultura que nos dio de comer, el color que lleva nuestra piel) fue solo el primer paso, para la fundación de un mundo nuevo. Llegamos al punto donde, todo está por hacer y, por inventar.

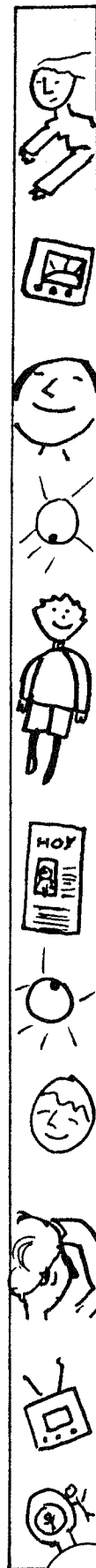
Con todo esto, efectivamente tenía que renunciar a la identidad femenina. Pero a esa, que me determina la dominación simbólica. Aquella que me define un rol, que me guarda con seguridad del riesgo que significa estar en la incertidumbre de lo que se Es. Tenía que renunciar a la identidad que por siglos nos ha rescatado, a todos, hombres y mujeres, del miedo que produce el fragmento, o lo que es igual, del miedo que nos produce la vida misma.

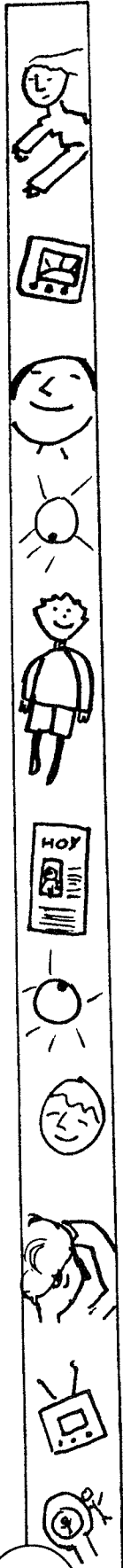
Sí fue el miedo, el que produjo esta racionalidad como bien lo han dicho los autores de la Teoría Crítica de Frankfurt, entonces volvamos al punto de partida, volvamos al miedo, para enfrentarlo y, hagamos con la vida, otra cosa de lo que hasta ahora hemos hecho.

Existe pues una sabiduría de la vida que ni es femenina ni es masculina y, curiosamente, esa sabiduría es

aprehendida en la sencillez del silencio, en la caricia, en la actuación que da ejemplo. A esa sabiduría muchos y muchas de nosotros y nosotras hemos renunciado, para darle paso al miedo que traslapado en el discurso y en el saber, nos hace enfrentarnos al mundo como entes de poder.

Al terminar de escribir el anterior párrafo, apareció otra vez, eso femenino que desde el principio, confesé que me lleva al encuentro con el misterio y con lo indecible. Y solo imágenes venían a mi memoria. Por ejemplo, la imagen del tejido de la mujer. Cuando las mujeres tejemos, estamos metaforizando la existencia. Sobre todo cuando hilvanamos y deshilvanamos, recobramos para la memoria, un saber legendario: Nada se debe instituir, nada se debe identificar por mucho tiempo... tenemos que ser como el viento.





REFERENCIAS

Bordieu, P. (2000). La dominación masculina . Editorial Anagrama. Barcelona.

Horkheimer, M. Adorno, T. (1970). Dialéctica del Iluminismo. Editorial Sur S.A. Buenos Aires.

Pinkola, C. (2001). Mujeres que corren con los lobos. Ediciones B, S.A. Barcelona.